

La tensión entre el imperio y la libertad: los riesgos de la democracia

María Isabel Lucena Cid
Universidad Pablo de Olavide

Fecha de presentación: 02/05/2009 | De aceptación: 10/07/2009 | De publicación: 21/07/2009

Resumen

Durante seis décadas la *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides ha sido objeto de análisis e inspiración de numerosos filósofos e intelectuales para explicar el papel de los Estados Unidos de América en el contexto actual. Muchas de estas interpretaciones y análisis defienden los principios democráticos de la libertad y los derechos humanos, y justifican la Guerra preventiva basándose en la necesidad de garantizar la seguridad nacional e internacional y expandir la democracia a todo el mundo.

Palabras clave

Libertad, imperio, democracia, derechos humanos, guerra preventiva, seguridad.

.....

Abstract

During last sixty years the work of Thucydides, *History of the War of the Peloponeso*, has been object of analysis and inspiration for many authors who tried, and try at the present time, to explain the paper and *locus* of the U.S.A. in the world-wide context. In many of these interpretations and analysis it appears as defender of the democratic principles of the freedom and the human rights and justifies the preventive war, being based on the necessity to guarantee the national and international security and to expand the democracy to everybody.

Keywords

Freedom, empire, democracy, human rights, preventive war, security.

SUMARIO: I. Introducción. II. El eterno retorno de la historia. III. Entre la libertad y el imperio. IV. Los discursos de la guerra. V. Las lecciones de Tucídides.

1. Introducción

La reacción de EEUU contra el terrorismo ha desencadenado una serie de intervenciones preventivas en distintas zonas del planeta, provocando una reacción de recelo por parte de muchos países, incluso aliados de los EEUU. A su vez, estos hechos han propiciado la proliferación de abundante literatura sobre la supremacía del poder norteamericano y su expansión (imperialista) a nivel mundial.

En nuestros días, bajo la sombra alargada del 11/9, haciendo uso de una retórica inflamada de alusiones a los peligros que amenazan a la civilización occidental, hemos visto intervenir a las fuerzas militares norteamericanas en Afganistán para derrocar al régimen Talibán, un conflicto que se recrudece día a día en un lento proceso de iraquización. Desde otoño de 2002 hasta la intervención en Irak, la prensa se hizo eco de las referencias de la Administración Bush, cada vez más insistentes, sobre la inminente necesidad de acabar con “eje del mal” formado en aquel momento por Irak, Irán y Corea de Norte. No obstante, entonces la prioridad era Irak que supuestamente poseía armas de destrucción masiva y era el país de acogida de la red terrorista Al Qaeda: “los terroristas de Al Qaeda que lograron escapar de Afganistán, se han refugiado en Irak” (Alarcón, C. y Soriano, R., 2004: 67). Dos premisas que finalmente han resultado ser falsas.

Si leemos cuidadosamente los informes de los asesores de la actual Administración estadounidense y los discursos de Bush que justificaban la invasión de Irak, no es difícil encontrar ciertos ecos y semejanzas de éstos con los discursos de Pericles y la situación de Atenas que nos presenta Tucídides en su Historia de la

Guerra del Peloponeso (Tucídides, 1994). Volver a esta Historia, una vez más, tal vez nos sugiera cuáles podrían ser las graves consecuencias para la democracia norteamericana y para el resto del mundo, de una estrategia “democrática” imperial.

Partiendo del marco histórico que nos ofrece la Historia de Tucídides, la primera parte de este trabajo se va a centrar en la importancia del texto de Tucídides para la teoría política de los últimos años. Posteriormente analizaremos brevemente la trayectoria norteamericana y el discurso que se ha venido realizando desde distintas instancias, académicas y gubernamentales tras el 11/9, intentando descifrar las contradicciones que se dan entre el proyecto de imperio y el principio de libertad. Ensayos y discursos que han favorecido la aparición de un mundo en el que neoconservadores como Richard Perle y David Frum, entre otros, impulsan prácticas imperiales con el fin de cumplir con la promesa de acabar con el “eje del mal” y de extender los valores democráticos a todo el mundo. En tercer lugar analizaremos las analogías que existen entre algunos discursos de Bush y la Oración Fúnebre y el Discurso Final de Pericles. Por último, presentamos algunas de las lecciones que podemos sacar de la narración de Tucídides para comprender mejor las consecuencias que una política imperial podría tener en la configuración del mundo actual y futuro.

2. El eterno retorno de la historia

La historia sobre la guerra del Peloponeso quedó incompleta al acaecer la muerte de Tucídides antes de que ésta terminara; no obstante, nos ha quedado un testimonio sin precedentes. El principal cometido de este autor con la Historia era dejar constancia de lo que sucedió durante la guerra, pero además quería entender el sentido último y las causas que la provocaron. Pretendió, así mismo, reconstruir la Historia de la guerra a partir de indicios lógicos o psicológicos, lo que hace que su narración sea una historia de la actividad humana, del poder y de la ambición: una historia universal y por tanto, atemporal.

¿Por qué es tan importante la lectura de Tucídides en la actualidad? La literatura pasada nos demuestra que Tucídides se ha convertido en un recurso significativo e indiscutible para la reflexión política. Durante más de seis décadas ha sido citado para justificar la política exterior norteamericana. No sería una exageración decir que siempre que se ha producido una guerra, ha aparecido en escena un nuevo Tucídides (Lane, 2005). Para muchos autores anglosajones el relato de La Historia de la Guerra del Peloponeso fue la fuente de inspiración del poder que se ejecutó durante los más de cincuenta años que duró el periodo de la Guerra Fría. En una conferencia que impartió George Marshall en la Universidad de Princeton en 1947, no dudó en conectar el periodo de la Guerra Fría con la Guerra del Peloponeso. Más tarde, su discípulo Louis J. Halle publicó un artículo en el *Foreign Service Journal* en Agosto 1952, titulado “A Message from Thucydides”. A pesar de los paralelismos señalados entre la Guerra Fría y la del Peloponeso, hay que ser cautos a la hora de establecer analogías entre la situación actual y lo que la lectura de Tucídides nos pudiese sugerir. No obstante, teniendo presente esto, aceptamos la famosa invitación de Tucídides a reflexionar y a “conocer el pasado” para ayudarnos a entender los problemas actuales y “comprender el futuro” (Lane, 2005).

Muchos autores, entre ellos Víctor D. Hanson y Donald Kagan, siguiendo esta invitación de Tucídides, han pretendido justificar la política exterior norteamericana tras el 11/9 mostrando el camino para desarrollar nuevas interpretaciones de la obra de Tucídides. Hanson es ampliamente conocido como uno de los asesores intelectuales del Ex-Vicepresidente Cheney. En noviembre de 2001 publicó un artículo titulado “A voice from the past: General Thucydides Speaks about the War” en el *National Review Online*. En este artículo, Hanson utiliza las palabras de Tucídides sacándolas fuera de su contexto, con la pretensión de dar credibilidad a la estrategia agresiva de los EEUU para atacar a todos sus enemigos potenciales y prevenir hechos semejantes al 11/9. En ese trabajo y otros posteriores, recogidos en *An Autumn of*

War and Between War and Peace, Hanson proclamaba insistentemente que la obra de Tucídides confirmaba la actitud preventiva del Presidente Bush cuando éste justificaba el derecho de los EEUU a destruir todas las amenazas terroristas. En la misma línea, Daniel Mendelson llama la atención sobre la manera en la que Donald Kagan, probablemente uno de los estudiosos más eminentes de la obra de Tucídides, ha actualizado La guerra del Peloponeso con su libro publicado en castellano con el título *Sobre las causas de la guerra y la preservación de la paz* (Kagan, 2003), haciendo una defensa de los halcones atenienses. Kagan convierte la historia de Tucídides en un argumento a favor del “proyecto del siglo XXI: una política unilateral de la guerra preventiva”. Para Anne Norton, Kagan es “el hombre que hizo de Tucídides el arquitecto del Imperio Americano” (Norton, 2004:47).

Nunca podemos perder de vista la complejidad del relato de Tucídides, ni deberíamos convertirlo en algo trillado o descifrado plenamente. En opinión de Lane, podemos perder incluso una poderosa herramienta teórica para analizar la actual coyuntura mundial. En cambio, podemos abordar desde otra perspectiva a Tucídides redescubriendo su texto y viendo cómo éste puede iluminar nuestras reflexiones sobre la realidad actual (Lane, 2005).

3. Entre la libertad y el imperio

En nuestros días parece inevitable que los EEUU se vean como un poder “imperial” y aunque la invasión de Irak ha multiplicado las razones de esta creencia, hay que admitir que este hecho no es el único responsable de esta visión de los Estados Unidos de América.

Sin excedernos demasiado en el repaso de las publicaciones que han ido apareciendo en los últimos años, existen motivos para pensar que cada vez más los estadounidenses tienen mayor conciencia de ser un imperio o, al menos, de ser una nación que los otros ven como un imperio. Algunas publicaciones del año 2004 confirman esta afirmación. He aquí una muestra: Chalmers Johnson, *The Sorrow of Empire* (2004); Gore

Vidal, *Imperial América* (2004); el clásico titulado *Imperial Hubris* (2004) de un antiguo jefe de la CIA, presentado como anónimo; Alexander Cockburn y Jeffrey St. Clair, *Imperial Crusades: Irak, Afganistán y Yugoslavia* (2004); John Judis, *The Folly of Empire* (2004); Niall Ferguson, *Colossus: The Price of America's Empire* (2004), publicado en castellano por Debate con el título "Coloso: Auge y Decadencia del Imperio Americano" (2005). Incluso notables conservadores como George Will del *Washington Post*, no se han estremecido absolutamente nada al anunciar que los americanos están "doing the business of empire" (Will, 2004).

En castellano tenemos, además, títulos como: *El imperio Inviabile: El Orden Internacional tras el conflicto de Irak* (2004) de C. García y A. J. Rodrigo; *El imperio incoherente: EEUU y el nuevo Orden Internacional* (2004) de Michael Maner; *El imperio del miedo: Guerra Terrorismo y Democracia* (2004) de Benjamín R. Barber; *El imperio frente a la diversidad del mundo* (2004) de Sami Nair; *La reafirmación del Imperio: EEUU y la aventura occidental en Oriente Medio* (2004) de Rashid Khalidi. La colección *Pensamiento Político* de la Editorial Almuzara recoge entre sus publicaciones más recientes varios títulos sobre el tema: *Peligros Presentes* de W. Kristol y R. Kagan: el volumen colectivo titulado *El Nuevo Orden Americano. Textos Básicos*, edición de Carlos Alarcón y Ramón Soriano; *La Guerra de Irak. En Defensa de la Democracia y la Libertad*, de F. Kristol y L. Kaplan. *El nuevo orden Americano. La muerte del derecho*, volumen colectivo que recoge trabajos de prestigiosos y controvertidos intelectuales contemporáneos como Chomsky, Kagan y Perle, entre otros autores.

En su rueda de prensa en Abril de 2004 y en el discurso sobre el Estado de la Unión de 2003, el Presidente Bush decía a sus compatriotas: "no somos un poder imperial", pero esta afirmación estaba en el mismo párrafo donde acentuaba la importancia de mantener las tropas estadounidenses en numerosos países extranjeros. Tanto el Ex-Vicepresidente Cheney como el Ex-Vicesecretario de Defensa Paul Wolfowitz son muy aficionados a hablar de la Pax Americana,

sugiriendo que esta Era de Paz, al igual que la Pax Romana, será el resultado de un proceso de pacificación imperial.

EEUU, al igual que Atenas en el año 430 a.C., tiene un elevado control sobre diversas alianzas: OTAN, SEATO, mantiene los compromisos de defensa con Corea del Sur y Japón, defiende su asociación con Israel y ciertos países del Golfo Pérsico, entre otros. En muchas de estas áreas estratégicas mantiene su presencia aunque, en nuestros días, no sea estrictamente necesario. Esta presencia no justificada provoca que muchos Estados que antes daban la bienvenida a los norteamericanos como a un amigo protector, hayan comenzado a verlo como ocupante o invasor. Aquellos que otras veces vieran en las fuerzas militares americanas el baluarte de su libertad, ahora las ven como un impedimento para alcanzarla. Al igual que los atenienses en su época, exhiben su superioridad militar ante muchas naciones con el fin de intimidar y coaccionar cualquier intento de rebelión. EEUU está en la extraña posición de crear una Esparta para justificar su papel de Atenas, es decir, generar un peligro mundial para justificar o legitimar su intervención bélica o de otra índole. Hay algunas evidencias que demuestran que EEUU está haciendo esto al hablar "de las fuerzas del terror en el mundo" como una amenaza monolítica. Un monolito caracterizado por su oligarquía, tecnocracia (del tipo islámico) y una resistencia reaccionaria a la democracia americana. "Esta amenaza se oculta en muchas naciones, entre ellas la nuestra. En celdas y campamentos, los terroristas no hacen otra cosa sino maquinan opciones de destrucción y construir bases nuevas para una guerra de civilización" (Alarcón y Soriano, 2004:65).

En un discurso sobre política exterior realizada en la Academia de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas en 2004, el Presidente Bush presentó al enemigo como "movimientos totalitarios" que "intentan imponer una visión severa, en la cual no es posible el desacuerdo y cada hombre y mujer deben pensar y vivir conformes a las consignas de estos grupos, aunque sea ficticiamente". El esfuerzo de Bush en definir

esta situación, similar, en el tono y el imaginario, a la realizada décadas atrás con la antigua URSS, sirve para que se vea que el “enemigo” es como una nación, incluso aunque no esté unificado, es un peligro monolítico. La descripción de esta “nación” no es diferente de la que hace Tucídides a través de Pericles del régimen de Esparta. Como subrayó Mark Danner (Danner, 2002) en la columna de opinión del New York Times, casi inmediatamente después del 11/9 en los discursos del Presidente Bush se comenzaron a definir a los “terroristas” como “la decadencia moral de los comunistas, encarnaciones del mal, que odian nuestras libertades”.

Desde el inicio de la Historia de la Guerra del Peloponeso Tucídides indica que la guerra era inevitable y achaca la causa al expansionismo imperialista y militar ateniense y el temor que éste suscitaba en Esparta (Tucídides, I.88). Hoy, tras la caída de la antigua URSS, los EEUU aparece como la única superpotencia, este hecho, unido al predominio económico, cultural y militar que mantiene, hace que aparezca como un indiscutible poder mundial. Toda nación que intente mantener su identidad y su autonomía tiene motivos razonables para preguntarse si es posible subsistir en un mundo dominado por la omnipresencia de los EEUU. En este contexto, no debemos sorprendernos por los debates, tanto de la izquierda como de la derecha, sobre si los Estados Unidos se concibe así mismo como un imperio o no. Es indudable que para muchos, Norteamérica podría erigirse como un “imperio” de especial carácter: un “imperio democrático”, quizás incluso un “imperio de libertad”, pero a fin de cuentas un imperio.

Existe una teoría desarrollada por autores como Hersh, Schlesinger, West, Norton (2004) y Xenos (2005), que sugieren que la “estrategia imperial” de EEUU ha sido supervisada y tramada por los seguidores de Leo Strauss, profesor alemán de Filosofía Política de la Universidad de Chicago desde 1940 hasta su muerte en 1973. El tema del imperio fue tratado en el ámbito político durante esos años y posteriormente sus discípulos lo han desarrollado en múltiples publicaciones. La conexión, tiempo atrás, de Strauss con Shulsky,

Perle, Wolfowitz y Kristol, dio pie para hablar del paralelismo entre sus enseñanzas y la política del imperio americano. Los straussianos rutinariamente trataban la Historia de la Guerra del Peloponeso como una explicación del “imperio”. Escribieron sobre la historia de Atenas contada por Tucídides haciendo un análisis de lo que sería un “imperio democrático”. Si los seguidores de Strauss son los autores y arquitectos de la actual política exterior norteamericana y los forjadores de los engaños en política interior, hay un motivo especial para considerar atentamente las nuevas “enseñanzas straussianas” sobre el imperio. Estas doctrinas las podemos encontrar por todas partes, sobretodo, en los comentarios que sus discípulos han realizado de Tucídides, cuyos trabajos son de máxima actualidad ya que se centran ampliamente en cómo puede ser justificado un imperio.

Clifford Orwin desarrolla la visión de Strauss en su libro *The Humanity of Tucydides*. La cuestión que aborda de manera especial en esta obra es: ¿hasta qué punto se entiende el imperio como un proyecto libremente aceptado y mantenido, y hasta qué punto es una carga que Atenas no tenía más remedio que asumir? (1994) (Orwin, 1994:29). James Boyd White, por su parte, se cuestiona: ¿fueron las circunstancias las que obligaron actuar a Atenas como lo hizo o pudo hacerlo de otro modo, de manera menos destructiva? (White, 1984:85-86). Orwin argumenta que tales cuestiones tienen una importancia teórica y práctica. Desde el punto de vista teórico es fundamental para comprender la esencia de la vida política. Del mismo modo, la narración de Tucídides tiene implicaciones prácticas. Como historiador político él era consciente de las tensiones que se vivían en su tiempo, al igual que las que se viven ahora, en plena guerra contra el terrorismo. En estos comentarios de los discípulos de Strauss sobre Tucídides encontramos, insistentemente, referencias sobre la tensión entre “libertad e imperio” como un tema recurrente “de la historia política” (Strauss, 1989).

Libertad e imperio. A juicio de Lane (Lane, 2005), pronunciamos estas palabras una y otra vez porque son antónimos en un sentido estricto y sinónimos potenciales en un sentido laxo. Son

antónimos según George Will cuando hacemos referencia a los acontecimientos que se vivieron en la cárcel de Abu Ghraib: “El imperio es siempre dominación”; tal vez dominación como defensa propia; posiblemente dominación por el bien del dominado, pero a fin de cuentas dominación (Will, 2004). Como nos recuerda Forde, la “libertad para algunos” puede ser “dominación sobre otros” (Forde, 1989). Por tanto, tratar de extender la libertad haciéndola coincidir con la dominación de los otros es hacerlas sinónimas, ¿son las dos caras de una misma moneda?

La brutal idea de erigir un “imperio de libertad” es la ironía que Tucídides desarrolla cuando habla del dilema de Atenas. Es muy importante poner en evidencia las tensiones entre los ideales de libertad de la democracia y la disciplina de la dominación que caracteriza “the business of empire”. Sin embargo, debemos tener presente los peligros que los “business of empire” conllevan. Las democracias deben ser más cautas a la hora de adoptar proyectos imperiales, sobre todo cuando esto implica que los ciudadanos tengan que ir al frente y morir.

Hay otra razón para pensar que Tucídides puede ayudarnos a comprender la posición de Estados Unidos durante la última legislatura. Tucídides entiende que debería estar atento a “lo que cada uno diría de acuerdo con las circunstancias presentes en cada momento y acercándose lo más posible al sentido general de lo que realmente se dijo” (Tucídides, I.22). Estos discursos conforman la espina dorsal de la Historia, aun cuando Tucídides insistiera en que la “verdadera causa” de la guerra fuera el extendido temor que inspiraba el poder ateniense. Su interés por entender las “causas de la acción” va incluso más allá; se trata de un asunto mucho más complicado que la simple creencia de que Esparta tenía miedo. La narración de Tucídides muestra el gran temor que compartían los atenienses de su tiempo y los americanos de nuestros días. Las semejanzas son asombrosas. Orwin señala dos teorías en Tucídides para justificar al imperio ateniense y ambas expresan dos teorías del imperio. Una argumenta que el imperio era necesario para garantizar la seguridad, obligando a

los atenienses a defenderlo. La otra teoría mantiene que el imperio es un “proyecto libremente elegido por los atenienses” (Orwin, 1994).

En los dos apartados siguientes vamos a exponer las visiones del Imperio Ateniense siguiendo los discursos que recoge Tucídides en su Historia. Posteriormente y partiendo de ellos, trazaremos las líneas comunes con defensa discursiva de la Administración Bush sobre la situación actual. Las diferencias entre los discursos originales de Tucídides y su réplica en los discursos de la Administración Bush son importantes. Las concordancias entre ambos sugieren que Estados Unidos podría caer en una trampa imperial. La explicación del carácter y los contornos de esta trampa presente en la Historia de Tucídides son los elementos que tomamos para clarificar la presente situación americana. Tucídides no ofrece ningún prototipo de acción para los EEUU ni predice su futuro, pero sí nos ayuda a identificar los problemas analizando la argumentación que utilizaba para apoyar una política imperial de guerra preventiva.

4. Los discursos de la guerra

El discurso más importante de la Historia de la Guerra del Peloponeso es la Oración Fúnebre de Pericles. Ofrecida en honor de “los primeros atenienses caídos” en la guerra, revela el pensamiento de los atenienses sobre su papel en el conflicto.

Forde mantiene que la “Oración Fúnebre” y el Discurso Final de Pericles proporcionan un retrato crucial que define la política ateniense. En estos discursos Tucídides revela “la lógica del imperio” en un discurso público a los atenienses. En la medida en que los americanos están en las etapas tempranas de lo que los líderes consideran una guerra a largo plazo para defender su posición imperial, la guerra puede requerir que se amplíe en el tiempo y el espacio para defender tanto su territorio como sus valores constitucionales; este hecho los coloca en una posición análoga a la de la antigua Atenas.

Las recientes intervenciones exteriores de EEUU, muchas de ellas justificadas con la buena voluntad o por una buena causa, y que muchos han etiquetado de imperial, se podrían entender dado los compromisos que han asumido EEUU en el mundo. Las polémicas surgidas contra el imperialismo americano han aumentado tras la invasión de Irak, y sobre todo, tras la sugerencia de la Administración Bush de que esto es sólo el principio de una serie de acciones preparatorias de otras más importantes dentro de la “guerra contra el terrorismo”.

Es particularmente apropiado en nuestros días que miremos el discurso que Tucídides pone en boca de Pericles al inicio de la Guerra del Peloponeso y un discurso de Bush que muestra el “locus classicus” de su programación para la creación de su imperio democrático; nos referimos al discurso que dirigió a los miembros del “National Endowment for Democracy” (NED) en noviembre de 2003. Un destacado partidario de la política exterior estadounidense, William Safire, ha dicho que este discurso muestra claramente la dirección de la política de la Administración Bush. En una columna del New York Times, Safire pide a sus lectores que examinen la estructura y el diseño del discurso y dice que es una “detallada, coherente e inspirada” explicación para que todos los americanos se unan y apoyen la “misión de EEUU en el mundo” (Safire, 2003).

El discurso de Bush ante la NED es una exposición de la grandeza de los EEUU, al igual que el discurso de Pericles es una alabanza de la grandeza de Atenas. No obstante, existen algunas diferencias entre ambos. Dado que es un homenaje público a aquellos que murieron en la guerra, el discurso de Pericles encara directamente la cuestión del sacrificio. El Presidente Bush por su parte, aprovecha la ocasión para realizar un discurso grandilocuente y no estaba muy dispuesto a hablar directamente de la muerte de los soldados americanos en la guerra, sobre todo en la de Irak. Sus declaraciones públicas hacen vagas referencias a este asunto, y se limita a decir que “los estadounidenses han mostrado con creces nuestra voluntad de sacrificarnos por la libertad” (Bush, 2003). La semejanza con el discurso de Pericles

sobre el sacrificio la podemos encontrar durante el funeral militar que se celebró en el Cementerio de Nacional de Arlington. En aquella ocasión Bush contó breves anécdotas sobre los soldados que mueren en Irak, pero no aportó ningún argumento que justificase sus muertes.

Ante la NED Bush insistió dos veces, sin profundizar demasiado, en decir que “vale la pena luchar por la libertad, apoyándola e incluso muriendo por ella”(Bush, 2003). Tales palabras justifican la muerte de soldados norteamericanos en los frentes de las guerras actuales. Podemos encontrar más semejanzas entre ambos discursos si atendemos a su construcción de imágenes y objetos. Los dos comparten importantes características en su estructura. Comienzan argumentando que los pueblos atenienses o los americanos contribuyen a la mejora del mundo a través de sus “formas de gobiernos”. El Pericles de Tucídides “celebra” la forma de gobierno que permitió hacer mucho más evidente su “grandeza”. Después explicó que ésta grandeza se transmitió de su país a otros. Alaba a Atenas diciendo que “la ciudad entera es la escuela de Grecia”. Insiste en que el gran poderío de Atenas y sus muchas manifestaciones, garantiza la admiración de “los de ahora y los de después” (Tucídides, II.41). Por su parte, el Presidente Bush presenta su tesis de que los EEUU es la “escuela del mundo”, y seguidamente habla de aquellos “europeos sofisticados” que no reconocieron en el anticomunismo de Ronald Reagan, la emergencia de un Nuevo Orden Mundial. Para Bush resistirse a los cambios que EEUU está introduciendo en el mundo sería un error. Antes de este discurso, Mark Danner percibió en la retórica de Bush una misión “comprensiva, profética e incluso evangélica” que animaría a los americanos a “perseguir y alcanzar el triunfo de la libertad” frente a sus enemigos históricos. Repitiendo a Pericles en su Oración Fúnebre, Bush congrega a los americanos para hacerles “comprender el poder de los EEUU y animarles para que asuman “la histórica oportunidad de cambiar el mundo”.

Al igual que Pericles, Bush argumenta que la relación entre “forma de gobierno” y “grandeza” reside en la habilidad de generar compromisos con

el “bien común” sin impedir a los ciudadanos que persigan “su propio bien” tal y como ellos lo conciban. En su discurso ante la NED, defiende el sistema americano como un sistema donde “la libertad honra y desencadena la creatividad humana”, y les permite una “voluntad de sacrificio” para afrontar lo que Pericles llamaba “la dolorosa disciplina” ante el enemigo. En las demandas que le hace Bush al pueblo de los EEUU resuenan aquellas otras que encontramos en el libro de Forde sobre la alabanza de Pericles de Atenas: “el régimen ateniense, basado en un liberalismo sin precedentes, permite la liberación de las facultades humanas reprimidas o restringidas bajo las condiciones de una vida política ordinaria, ha descubierto una fuente de poder más amplia y explosiva, no disponible en ninguna otra política conocida” (Forde, 1989:38).

Como Tucídides hacía decir a Pericles a los atenienses, Bush mantiene que los americanos son poderosos precisamente porque son libres. De la expresión de esta libertad resultará un “gran poder” que nadie en el mundo ha visto jamás. En el discurso de 11 de Septiembre de 2002, sobre el significado del 11 de septiembre de 2001 sostiene que los americanos “no combatimos para imponer nuestros intereses, sino para defendernos y poder extender las bendiciones de la libertad” (Alarcón y Soriano, 2004:63). Para avanzar en la democracia, dice el Presidente Bush, los americanos actúan sin la obligación o el engaño religioso, actúan sin la “ideología teocrática del terror” que caracteriza a las elites “corruptas y caprichosas” que obligan a sus pueblos a luchar contra regímenes enemigos. Al igual que en su tiempo el comunismo soviético, hoy, la tiranía religiosa fracasará precisamente porque no respeta a su “pueblo, su creatividad, su genialidad y sus derechos”. Bush sostiene que el voluntarismo, igual que la libertad en los atenienses, hace el sacrificio americano especialmente notable porque sus ciudadanos tienen mucho poder.

Después de proceder en paralelo con la Oración Fúnebre a través de su mensaje, el discurso ante la NED se aleja de su perorata. La explicación del Presidente parece menos nacionalista y más idealista, incluso ideológica.

Pericles apela a sus conciudadanos a llenar sus corazones con el amor al “poder de Atenas” y a los “monumentos imperiales” que Atenas ha erigido como “pruebas grandiosas” de ese poder. Incluso si en ese poder de Atenas hubiese habido una apelación trascendental o universal, Pericles lo presenta a sus ciudadanos como algo peculiar de los atenienses. Si la democracia es exportable, Pericles celebra que Atenas sea su autora, su profeta más grande y su primer símbolo.

La invocación americana a la libertad podría ser más noble, más generosa y menos peligrosa. El Presidente Bush parece tener las miras muy cortas en su oferta al mundo. Safire parafrasea a Bush con énfasis diciendo que “América ha puesto su poder al servicio de los principios más nobles. La alabanza de Bush a la “libertad” como piedra angular de toda “sociedad exitosa”, “el designio de la naturaleza” y “el fin de la historia”, sugiere que todos pueden participar igualmente de esta bendición. Ofrece compartir su gloriosa realización a todos como “el derecho y la capacidad de toda la humanidad” (Bush, 2003). El Presidente Bush precisa que “no es un accidente que el aumento de tantas democracias tenga lugar al mismo tiempo que la nación de mayor influencia en el mundo es una democracia” (Bush, 2003). Nos dice que los compromisos contraídos por los EEUU son imprescindibles para la historia; y mientras “la diseminación de la libertad puede ser difícil”, argumenta que el pueblo de los EEUU “han logrado tareas difíciles anteriormente”. El discurso de Bush no deja dudas de que lidera este ideal universal y parece asegurar que disfrutará de una gran gloria cuando su proyecto se haga realidad. Y apostilla, “Confíad: Nuestro país es fuerte. Nuestra causa es aún mayor. Es la causa de la dignidad humana: libertad orientada por la conciencia y custodia por la paz. El ideal de América es la esperanza de toda la humanidad. La misma esperanza que trajo a millones de personas a nuestros puertos. La misma esperanza que nos ilumina el camino y nos protege de la oscuridad” (Alarcón y Soriano, 2004:63).

Dentro de la explicación que ofrecen los estrategas americanos de este proyecto, no encontramos referencias a los conflictos que se pueden generar en esa llamada al “triumfo de la

libertad” y su liderazgo para alcanzarlo. ¿Es esto un defecto? ¿Rechazan los americanos las dificultades prácticas y conceptuales inherentes a la unión de “imperio y libertad?” ¿Aquellas dificultades sobre las que Tucídides llama la atención en su obra? Pericles reconoce esta tensión e intenta afrontarla conscientemente mientras que los americanos intentan pasarla por alto. Ante esto puede surgir una pequeña duda, siempre que el Presidente Bush alaba la “libertad” se refiere a la libertad americana. El “amor y la defensa” americana de la “libertad” puede pasar “insensiblemente sobre el impulso de dominar a otros”, y esto es un verdadero peligro. Hechos como los de Abu Graib y Guantánamo o la revelación de que se han investigado a ciudadanos americanos sin autorización judicial, sugieren que esto está sucediendo.

El discurso de Pericles apela explícitamente a elevar las demandas de libertad de los atenienses sobre otros, pero el discurso de Bush implica, además, la confianza de que los americanos poseen una libertad de especial carácter que justifica cualquier acción. El llamamiento patriótico es morir por el país que disfruta de su libertad distintiva. La Oración Fúnebre de Pericles impulsó a los atenienses a comprometerse con un comportamiento patriótico, pero el sentido del destino que siguió a la retirada militar y la enfermedad (la peste), hizo que los atenienses se sumergieran en una gran inseguridad. Cualquier sentido público de euforia se convierte en algo efímero cuando se encuentran bajo la amenaza de una catástrofe o de una muerte inminente. La situación creada en EEUU tras el paso del huracán Katrina es un claro ejemplo de esto. La popularidad de Bush ha caído a mínimos históricos y las críticas que han surgido desde todos los ámbitos sobre la reacción del gobierno federal ante esta catástrofe y la gestión interna del país, están haciendo que cada vez se entienda menos la política exterior norteamericana y su papel en la conformación de lo que el mismo Bush llama la Democracia Global, de la cual EEUU es el modelo a seguir y el líder indiscutible.

En una democracia, si se extiende el pesimismo (ya sea a causa de fracaso en la política exterior, la caída de la economía nacional o los desastres naturales) se puede desmontar cualquier compromiso político. El discurso ante la NED estaba cerca del punto final de un largo periodo de confianza, poco antes de que el entusiasmo que rodeaba la captura de Sadam Hussein marcara un momento de optimismo sobre la guerra de Irak. Desde 2003, la opinión pública sobre la guerra ha mostrado un descenso de los apoyos que obtuvo al principio de la contienda. Si los americanos no han experimentado el derrumbamiento completo que sufrieron los atenienses en el verano de 430 a.C. (la invasión y devastación del Ática por los lacedonios, la peste en Atenas), la posibilidad de tal revés está al acecho tan sólo con un ataque terrorista sobre suelo norteamericano o una derrota terrible en Irak: un ataque que provoque muchas muertes, semejante al realizado sobre las bases de marines en de 1983 en Beirut. La vulnerabilidad ante tales cambios puede ser un problema para cualquier democracia que quiera mantener una política imperial.

Para muchos observadores, la opinión pública tiene el poder de impedir que las democracias mantengan los compromisos adquiridos por una política imperial preventiva. Tenemos como ejemplo las encuestas estadounidenses que muestran la decadencia de la política de Bush en este terreno. El porcentaje de ciudadanos que pensaba que los EEUU estaba haciéndolo “bien” en Irak cayó del 72% en Mayo de 2003 al 43% en Julio de 2004. En 2006 la popularidad de Bush y la los índices de su gestión global han caído hasta el 36% (Monge, 2006). Esta fluctuación no debería sorprender. Tucídides lo esperaba de los atenienses tras los acontecimientos surgidos en el 430 a.C., los observadores y analíticos políticos lo esperan de los americanos. No está del todo claro que los líderes y la Administración Bush reconozcan los peligros que corren en el curso actual de acontecimientos. Tucídides fue consciente de cómo la fluctuación de la confianza hacía, de modo inminente, difícil para los líderes atenienses mantener su política, incluso utilizando las más extravagantes de las retóricas

para conseguir el apoyo de sus ciudadanos a la política preventiva imperial. Autores como Forde, White y Orwin, entre otros, ven en el derrumbamiento del acuerdo público lo que, en última instancia, minó la base misma de la democracia ateniense.

Incluso la moderada retórica de Pericles contribuyó a forjar las etapas siguientes que sufrió Atenas. Las dificultades creadas por la plaga y la invasión de los lacedemonios sembraron la duda sobre la política de Pericles y esto hizo que modificaran su presentación del imperio ateniense. Su Discurso Final no tiene que ver con la Oración Fúnebre, aunque repite las mismas consignas de vez en cuando, pero las dos justificaciones que hace Pericles del imperio son sumamente importantes para que podamos comprender el trasfondo de la situación. Cuando los atenienses parecían menos propensos a apoyar la política imperial, Tucídides presenta a Pericles empleando la retórica del miedo. Subrayando los costes que traería abandonar el imperio. Al señalar los peligros que los atenienses encaraban, hablaba de la magnitud del poder ateniense. En su Discurso Final, Pericles argumentaba que los atenienses nunca habían apreciado la extensión de su poder, especialmente el naval. En este discurso combinaba una nueva y más vigorosa, e incluso presuntuosa, declaración de la invencibilidad ateniense, con una nueva y más negativa exposición de los riesgos terroríficos que vendrían sin los atenienses no estaban dispuestos a contribuir con el bien común.

Elementos de esta argumentación han aparecido en algunos discursos de Bush. En la Universidad de Michigan, en Junio de 2004, el Presidente proclamaba que “el futuro de América demuestra voluntad para liderar el mundo. El disfrute de la libertad en nuestro tiempo es importante, pero todavía existen graves peligros. Al Qaeda está herida, pero todavía no está acabada. Los terroristas e insurgentes continúan atacando en Afganistán e Irak; los regímenes de Corea del Norte e Irán están desafiando la paz. Si EEUU muestra su debilidad o incertidumbre en esta década, el mundo irá hacia la deriva, hacia la tragedia”. Este discurso dice al menos de ocho maneras diferentes que “América está segura” si se

mantiene una política preventiva; y todavía más, dice, de seis maneras distintas que América afronta terribles e inminentes peligros: “En un país tan grande como el nuestro, no existe la seguridad perfecta, y las amenazas a nuestro territorio son reales”. El espectro del terror ha sido mucho más prominente en otros foros, incluyendo las campañas publicitarias.

Críticos de la política de Bush han manifestado repetidamente que promover el miedo se ha convertido en su mayor defensa. Anuncios de alertas ante el terror e infiltraciones oportunas de las agencias de inteligencias, informes sobre el paradero de terroristas, contribuye a lo que Maureen Dowd (Dowd, 2003) caracteriza como “votos improvisados”. Sheldon Wolin (Wolin, 2003) denomina cada una de estas tácticas como elementos que contribuyen a “generalizar el terror”, lo que Hannah Arendt declaró como el principio operativo del totalitarismo. Anne Norton (2004) construye su teoría sobre el análisis de Wolin y argumenta que los americanos están, cada vez más, atrapados en un “miedo insoportable”. La formulación es plausible, pero tanto la guerra como el terrorismo necesitan una retórica más compleja: una de ellas aparece en el Discurso Final de Pericles en un esfuerzo último por adherir a los ciudadanos a su política imperial.

El lenguaje del miedo y del peligro inminente se intensifica en los discursos de Bush a medida que el apoyo a su política imperial se hace menos estable. Como Pericles, Bush atenúa un poco sus expresiones de miedo, poniendo el énfasis en la confianza de la fortaleza americana y su conciencia de victoria final. Está claro que en la campaña a la presidencia de 2004, Bush imitó el Discurso Final de Pericles al yuxtaponer las imágenes de debilidad y fuerza. Siguió incluso la estrategia de Pericles de absorber a los incrédulos y opositores de una forma amorfa apelando a la responsabilidad colectiva. “Si voté a favor de la guerra” dice Pericles, fue “porque compartisteis conmigo” la decisión de ir a la guerra” (Tucídides, II.61).

La retórica de Bush insiste reiteradamente en que los americanos no tienen elección porque el enemigo podría atacar en cualquier momento si se cede ante ellos. Al igual que Pericles, dice que la

vacilación es signo de debilidad “quienes tienen la posibilidad de elegir en momentos de prosperidad es necedad grande que vaya a la guerra; pero si fuese inevitable ceder a otro arriesgándose e intentar ganar, el que rehuye el riesgo merece más reproche que el que aguanta” (Tucídides, II.61). Está claro que Pericles es mucho más consciente de las tensiones en su retórica que el Presidente Bush. La actual administración es responsable de ignorar los costes reales, tanto económicos como políticos, que los americanos están pagando por mantener la guerra contra el terrorismo. Incluso aunque se le preste menos atención a la guerra de Irak o a la política exterior norteamericana, el conflicto entre democracia e imperio, tendrá consecuencias a largo plazo para los EEUU. El argumento negativo de Pericles hace inequívoca la principal perplejidad: “tampoco penséis que se lucha sólo por eso, obtener la esclavitud en vez de la libertad, sino también por la pérdida de un imperio y por el peligro de los odios que suscitáis en él. Imperio del que ni siquiera os es ya posible apartaros en el caso de que, por temor, en este momento, se levante el bondadoso baluarte del pacifismo, pues lo tenéis ya como una tiranía, que parece injusto detentar, pero que es peligroso perder” (Tucídides, II.63).

La lógica es aplastante: la fuerza del imperio es tan grande que sólo la desidia y la desgana pueden derrotarlo, el desastre es inminente porque la buena voluntad de utilizar todos los poderes del imperio enfurece a muchos opositores potenciales (a los terroristas), cualquier muestra de desacuerdo, de desánimo, de debilidad, incluso en el ámbito doméstico, puede envalentonarlos para que ataquen.

La mayoría de los partidarios de la política preventiva, como el Presidente Bush, insisten en que no hay relación entre las acciones de apoyo a esa política y los riesgos que se corren. Durante una conferencia de prensa mantenida el 4 de Agosto de 2004, en respuesta a la “sugerencia” de que las acciones de la administración son responsables del fortalecimiento de Al Qaeda, el Presidente Bush respondió que cualquier creencia de este tipo es “una mala interpretación de la guerra contra el terrorismo”. Concluyó insistiendo que “la mejor manera de proteger el territorio

americano es mantenerse en una posición ofensiva”. En su opinión, es una idea ridícula afirmar que porque los EEUU estén en esta posición, haya más gente que quiera hacer daño a los norteamericanos y asevera que diciendo que “estamos a la ofensiva precisamente porque la gente quiere hacernos daño”. Bush ha repetido insistentemente no sólo que “una política de guerra” es la única respuesta sostenible a la malicia de los terroristas, sino que además sostiene que esta política no aumenta la intensidad de su maldad o la intención de los terroristas de atacar. Muchos quieren atacar a los EEUU independientemente de su política. Algunos son, según el Presidente Bush “comprometidos asesinos a sangre fría” que están interesados en “destruir el modo de vida americano”. Forde mantiene que los atenienses tarde o temprano se encontraron atrapados en su política imperial, incapaces de mantenerla o dejarla. Existe la posibilidad de que las democracias actuales no vean esta trampa imperial y, dado el discurso de Bush, se podrían incluso intensificar las amenazas y los peligros no sólo para los EEUU, sino para otros países. Como ejemplo de ello tenemos la masacre de Madrid en marzo de 2004 y Londres en Julio de 2005, y los atentados fallidos de julio en Alemania o agosto en Inglaterra. Sin olvidar los múltiples atentados realizados en otras partes del planeta.

5. Las lecciones de Tucídides

Podemos obtener varias lecciones de la Historia de Tucídides donde explica el intento de Atenas de mantener simultáneamente los compromisos democráticos y una política imperial. La explicación de Tucídides sobre Atenas demuestra los problemas que esta cuestión encierra si no la tomamos en serio. Forde, subraya un incidente en la Guerra del Peloponeso que sería interesante tener presente dada su relevancia contemporánea: Egesta era una ciudad de Sicilia, aliada de Atenas. En el año 416 a. C., Egesta envió a unos representantes a Atenas pidiendo ayuda contra su vecino y enemigo, los selinuntios, quienes habían llamado en su ayuda a los siracusanos. Los

egestenses sabían que los atenienses temían un ataque de Esparta e insistieron diciendo que si Atenas no les apoyaba a destruir a sus enemigos, incluyendo la poderosa ciudad de Siracusa, los siracusanos ganarían en Sicilia y se unirían a Esparta destruyendo el imperio ateniense (Tucídides, VI.6). Argumentando que la ayuda de los atenienses a Sicilia era necesaria para la seguridad de Atenas, los egestenses explícitamente formularon su petición en los mismos términos en que lo hacen los atenienses para preservar su imperio, así usando la misma retórica empujaban a los atenienses a otra lucha fuera. No existe evidencia de que la insistencia de Egesta sobre el peligro que representaban sus enemigos y los planes de éstos de unirse a los espartanos para atacar a Atenas, fuese verdad.

Para Lane, este hecho presenta grandes similitudes con las pretensiones y demandas de los expatriados iraquíes, entre ellos Ahme Chalabi, quien persuadió a la Administración Bush de invadir Irak con los siguientes argumentos: Sadam Hussein tiene la fuerza y el apoyo de los terroristas para actuar contra los intereses americanos a corto plazo (lo que no era verdad); su régimen es débil, corrupto y fácilmente derrocable (era verdad); los americanos serán bienvenidos y acogidos como los liberadores de los iraquíes (no es verdad); y los ingresos de la industria del petróleo financiarán la invasión (lo que no era verdad), (Lane, 2005).

Frente a la intervención bélica en Irak existían en los EEUU dos posiciones claramente definidas. Por un lado, aquellos que se inclinaban a favor, argumentaban que la amenaza era grande e inminente y que la guerra sería barata y fácil. Aquellos menos inclinados a ir en busca de peligrosas “aventuras extrajeras” asumieron la posición contraria. Los ciudadanos, por su parte, no sabían si Sadam Hussein tenía armas de destrucción masiva o planes de usarlas. No podían verificar sus lazos con Al Qaeda ni su relación con los atentados terroristas del 11/S. La decisión final se tomó apelando a que en una democracia a veces hay que tomar decisiones sobre temas que los ciudadanos no pueden evaluar independientemente de las informaciones que vienen de los gobiernos o los medios de

comunicación. No es ni asombroso ni irresponsable que se tienda a seguir la política pre-existente como se hace habitualmente. Normalmente, se interpretan los acontecimientos externos basándose, principalmente, en el significado que les dan los partidos políticos.

Intentar construir y mantener el acuerdo popular necesario para una política estable es una precondition para las democracias. Leer la Historia de Tucídides como la “tragedia de Atenas” nos recuerda que las exigencias políticas de un imperialismo preventivo para proteger la democracia contra las amenazas extranjeras, pueden minar la democracia desde dentro.

Lo que podemos ver en Tucídides es que los atenienses comenzaron la guerra comprometidos con un fin noble: preservar su democracia como la mejor forma de gobierno y por otro lado, alcanzar un objetivo práctico: preservar su poder imperial para amortiguar la agresión de Esparta y Persia. Conforme la guerra avanzaba, los objetivos prácticos e imperiales se confunden y aplastan los fines más nobles, hasta el punto de que los atenienses tiraron por tierra su democracia para crear una oligarquía, con el argumento de que con esa forma de gobierno se alcanzaría la disciplina necesaria para lograr el triunfo de la guerra. Al final, la política imperial invierte los medios y los fines. En un principio la guerra era necesaria para salvar la democracia en Atenas, al final se rechaza la democracia para ganar la guerra. La retórica del imperio lleva a Atenas de la democracia a la oligarquía. Para Forde la oligarquía aparece como medida desesperada para asegurar la política imperial (Forde, 1989:141). La oligarquía ofrece la disciplina necesaria para alcanzar la victoria. Al presentar de este modo la Historia de Tucídides, nos ponemos en la situación de los atenienses, quienes sintiendo la presión de una guerra que iba mal, cambiaron su forma de gobierno para alcanzar el liderazgo necesario que les llevase a ganar la guerra.

En septiembre de 2004, el Presidente Bush añadió a su discurso la imagen de que América está en “la marcha de la libertad”. Regularmente declara que “América esta segura cuando la libertad está en marcha” y proclama que “la libertad está en marcha

en Irak y Afganistán". Partidarios de los derechos humanos han criticado la constitucionalidad del Patriot Act, pero la Administración Bush parece respetar menos la libertad en su propio país que en otros países, para garantizar la seguridad. La libertad misma se entiende como libertad de amenazas externas e internas, y la supresión de algunas fuerzas que puedan minar la seguridad, ya sea dentro o fuera del país, se justifica como un prerrequisito de la "libertad".

La relación entre el terror y el poder ha llevado a la Administración Bush a una situación irreversible e irresistible en Irak y dado los últimos acontecimientos, también en Afganistán. También está ha supuesto la pérdida, no sólo de la credibilidad de la opinión pública, sino del control del Senado y el Congreso en las últimas elecciones. Como sostiene Lane, es vano pensar y confiar que somos mejores seres humanos hoy que aquellos que nos presenta Tucídides en la asamblea ateniense. De la Historia de la Guerra del Peloponeso podemos aprender que no se puede someter la categoría de la libertad a decisiones a corto plazo, aunque pudiesen ser aparentemente inevitables, para justificar una política imperial. Ante esta situación, como dice Joseph H. Lane, los "teóricos políticos debemos poner nuestras habilidades y nuestras tradiciones a trabajar en el arte de la retórica que pueda deshacer la lógica que está llevando a América (y por extensión al resto del mundo occidental) de la democracia al imperio y, probablemente, al desastre" (Lane, 2005).

Estamos ahora a la espera de un vuelco electoral que permita devolver a los americanos el control de su destino y volver a los principios que hicieron de los Estados Unidos de América un verdadero modelo democrático para el resto del mundo.

Referencias bibliográficas

ALARCÓN, Carlos y SORIANO, Ramón,, El nuevo orden americano. Textos básicos. Córdoba: Almuzara, 2004

TUCÍDIDES, Historia de la Guerra del Peloponeso, Madrid: Cátedra, 1994 (Ed. De Francisco Romero Cruz)

LANE, J. H. "Thucydides Beyond the Cold War" en Poroi, 4, July 2005

KAGAN, Donald, Sobre las causas de la guerra y la preservación de la paz, Madrid: Turner & Fondo de Cultura Económica. 2003

NORTON, Anne, Leo Strauss and the Politics of America Empire. New Haven: Yale University Press, 2004

WILL, George, "No Flinching from the Facts" en Washington Post, 11 de mayo de 2004

DANNER, Mark, "The Struggles of Democracy and Empire" en New York Times, 9 Octubre de 2002

XENOS, Nicholas. Leo Strauss and American Foreign Policy, New York: Routledge, 2005

ORWIN, Clifford, The Humanity of Thucydides, Princeton NJ: Princeton University Press. 1994

WHITE, James. B. 1984, When the Words Lose theirs Meanings. Chicago: University of Chicago Press

STRAUSS, L., "Thucydides: The Meaning of Political History" en The Rebirth of Classical Political Rationalism. Chicago: University of Chicago Press1, 1989

FORDE, Steve, 1989, Ambition to Rule: Alcibiades and the Politics of Athenian Imperialism. Ithaca: Cornell University Press

SAFIR iam, "The Age of Liberty" en New York Times, 10 de Noviembre, 2003

PRESIDENTE BUSH (6/11/2003) en el sitio www.whitehouse.gov/news/releases/2003/11/print/200031106-2.es.html

CEFD

Cuadernos Electrónicos
de Filosofía del Derecho

MONGE, Yolanda, “Los estadounidenses desvinculan por primera vez la ocupación de Irak de la guerra contra el terrorismo”, El País, 24/08/2006

DOWD, Maureen, “Scaring Up votes” en New York Times, 23 de noviembre de 2003

WOLIN, Sheldon, “Inverted Totalitarianism” en The Nation, 19 de mayo de 2003.